

Crónicas Abulenses.

LIBROS DE MÉXICO, BAJO

ÁRBOLES DE CASTILLA

No conozco goce más íntimo, más callado y apacible júbilo, que leer versos, a la sombra de un jardín solitario, a la hora en que la tarde va cayendo, y la luz, amortiguada y discreta, brilla dulcemente. Los flébiles rumores que caen en el silencio, como granos de oro en lámina cristalina —dos alas, un trino, una rama que sacude sus hojas, una esquila que canta a lo lejos— instrumentan eficazmente los temas melódicos, los lei-motiv poemáticos que, así, resuenan mejor en la profundidad de nuestro espíritu. En un viejo jardín, de frescos y escondidos rincones, en un huerto apretado de árboles, en un campo fértil, dominador de horizontes, nos sentimos más dispuestos al fácil abandono, a la voluntaria entrega, de estas cosas mínimas, torpes y dolorosas que nos enturbian el entendimiento y nos amargan sin cesar el corazón. La rutinaria pena, elevada en el ancla de la vida, como la mujer simbólica de Julio Ruelas, deja de quejarse, y nos permite escuchar la música divina de estos concertadores de las palabras bellas y las imágenes resplandecientes.

En tal estado de ánimo he abierto el libro de Alfonso Reyes: *Pausa*. La primera parte —*Huellas*— es una reproducción de otro, corregido descuidadamente y ataviado con arreos tipográficos tan modestos que más parecían indigencia. Hizo bien Alfonso en reproducir en este elegante tomo, algunos de los poemas de su primer volumen de versos. Se debía y nos debía esa reparación. La severa elegancia del libro, su forma de moderada amplitud que permite a las letras, en espaciados renglones, con gallarda uniformidad, inclinan a gustar de versos tan sutiles, arrogantes y finos que no cuadrarían ni lucirían en ediciones corrientes y desgarbadas.

Porque la poesía de Alfonso Reyes es de una marcada aristocracia. Suenan en ella ecos de voces clásicas, rumores de viejos romances, murmullos de fuente castálida. Es, sin duda, moderna la musa de este poeta. Exquisitamente moderna, y con atrevimientos líricos, que revelan su juventud y su potencia. Quiebra los ritmos, rompe las metáforas, retuerce los tropos, enrevesa los vocablos; mas, a pesar de tales audacias, muy nuevas, muy de última moda, vuelve a cada paso a sus modelos de origen, a sus gustos antañones, y se encamina, como si se corrigiese, hacia los horizontes donde brilla el sol, sin ocaso, de la poesía antigua.

Tiempo hace que vengo siguiendo el desarrollo de este artista de excepción. Creo haber dicho ya, que, desde los comienzos, en el bullicio de las aulas, pude apreciar en él la agudeza del pensamiento, la rapidez de la percepción, y un raro sentido estético, en el que se mezclan, por mitad, los atisbos del analizador y las intuiciones del sensitivo. Siempre noté que en este temperamento, afinado constantemente en los tonos más altos, vibraba, a cualquier leve contacto, la tensa cuerda de la emoción. Y esa aptitud para experimentar en hiperestesia, las sensaciones de lo bello, dió, desde temprano, a Alfonso Reyes, su orientación y su carácter de artista de sensibilidad casi morbosa.

Y, sin embargo, Alfonso no es un poeta sentimental. No existen en él lacrimosas quejas, ni dulzarronas melancolías. Su refinamiento aparece en cierta personal expresión de ternura, que suele rozar la entraña, pero que por la fuerza plástica de la imagen, más deleita la fantasía: Corren por debajo de las telas sonoras de las rimas, soplos de angustia, sensuales auras de amor, tremantes alientos de tristeza, que no rompen la urdimbre dorada de los versos, ni alteran el esplendor de las metáforas. El poeta deja adivinar su hondo sentir, pero lo pone en segundo término, detrás de la cortina, diáfana y deslumbradora de las imágenes. La imaginación encubre el sentimiento, lo envuelve como un velo de seda. A intervalos, no obstante, sale un grito desgarrador; un grito nada más, pero profundo, trágico:

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad:

¡Ay, montañas, árboles, hombres míos:
he visto el mar!

Lo grabaría yo sobre la seca
madera de mis árboles nativos:
lo gritaría en la casona hueca,
para oír resonar sus ecos vivos:
¡He visto el mar!

He aquí, apenas oculto, un lamento nostálgico. Oculto por una especie de pudorosa parábola, está el dolor del viajero que añora su calle polvorosa, su río manso, "su casa única".

En *Pausa* hay varios pasajes en los que, por impulso nervioso, salta, todo desnudo, el corazón. No hay, entonces, retórica ni fantasía. Todo lo borra el relámpago de una alma apasionada.

* * *

El poeta, hombre ya, experto en el sufrimiento, ardido para los combates del mundo, tiene mucho que decir. Para decirlo, escoge, con frecuencia, la forma que mejor conviene a sus ideaciones y emociones: la prosa; el ensayo. Un irreducible anhelo de concisión domina la obra entera de este singular artista. Gusta de encerrar el espíritu en el cofrecillo que pescó en el mar la red de Simbad el marino. Su esfuerzo se emplea en encontrar una expresión que, a manera de clave, necesite de un examen atento, en un cálculo rápido, para ser descifrado. La natural tendencia esotérica del escritor, abre al lector, constantemente, hondas lontananzas ideológicas.

Este afán sintético, aparece en los versos de Alfonso Reyes. Y por la reducción, por la quintaesencia, con que realiza su obra poética, se acerca a un maestro de la concisión brusca y brillante: a *Góngora*. Y no sólo a él, quizá, sino a Hernando de Herrera. Y a otros poetas andaluces de aquellos tiempos.

En Alfonso, esta forma apretada hasta la violencia, no es imi-

tación, sino asimilación. No está en los puntos de la pluma, ni en los ámbitos de la memoria, sino que entró en él, y se enseñoreó de sus sentidos. Cavilaciones y lecturas, conformaron, desde temprano, su gusto. Lo guiaron. Poco a poco, él torció la orientación y buscó, personalmente, su sendero. Construyó, con sus propias manos, el ánfora que había de encerrar sus sueños, pero al labrarla, no olvidó las modalidades y relieves que le habían hecho sentir y admirar la belleza.

De ahí su tendencia gongorista. De ahí su acercamiento al viejo romancero. En su poesía son estas influencias como las de los astros: remotas y fatales.

Poesía remozada, nueva visión de la vida, moderna purificación del gusto. Y sobre ello, un vaho arcaico, un humo azul de lejanía que nos llega, cargado de olores antiguos, resinosos y fuertes.

Hílales el copo, araña,
que no he de hilarlo, yo.
San Telmo encienda las velas,
San Pascual, cuide el fogón.

Estos son escurrimientos del manantial folk-lórico de Castilla: pero llevan desleídos átomos de vida flamante, actual, individual.

La *Glosa de mi tierra*, y *La amenaza de la flor*, las composiciones marcadas con los números 5, 7, 9, de *Pocas sílabas*, y otras diversas que andan por estas páginas, recuerdan bien al poeta del *Polifemo*, feliz estilizador y comentador de estribillos populares:

Entre pestañoso el sol
no sabe cómo salir,
y flota en pompas el sueño
tal vez sin poder subir.
Yo, con inefable risa
estoy velando por tí,
"Las mañanitas de abril
buenas son de dormir".

Y este madrigal digno de Don Luis:

Engañados del sosiego
con que los conduce amor,
llegaron tus pensamientos
a las puertas del temor.
En tus azorados ojos
quise beber tu estupor,
donde —entre esmeraldas y oros—
tuve otra suerte mejor:
Porque ví cómo salían,
con el mensaje interior,
dos lágrimas perseguidas
de cerca, por otras dos.

Entre la hermosura, coruscante y breve, como de fuegos diamantinos, de las estrofas de *Pausa*, he sorprendido primores de observación, trazos vigorosos de realidad:

Ya rompes, mandolina de lamentos,
gotas de trino salpicando al prado,
y revuelcan las faldas de los vientos
el oro fatigado.

En suma. Por el recóndito énfasis del verso, que incita, en ocasiones, a ser cantado en alta voz, por el conceptismo de la frase que muestra un amaneramiento de buen tono. Por la predisposición a los colores vivos. Por todo eso, creo yo distinguir la sombra de Don Luis de Góngora y Argote, levantándose sobre la cabeza juvenil de este poeta de hoy, en el cual, por otra parte distingo también matices de los simbolistas franceses. Recuérdese que la obscuridad de Mallarmé se debe, en particular, —a su extraordinaria concisión—. Los vuelos líricos de Alfonso no son tranquilos y de ala tendida, sino de aletazo y temblor.

Naturaleza exquisita, cultura apasionada, sentido musical, son las virtudes características de este nuevo hombre de letras. Sus disonancias, sus desvíos rítmicos, sus alteraciones prosódicas, son cosas

pasajeras, y, entiendo yo, sugerencias de la moda, tributo al momento, ecos de literaturas extrañas. ¡Quién sabe si un día —su obra actual nos lo hace presentir— este poeta nos grite como el compositor italiano: “Torniamo all’ antico”!

* * *

En este jardín de provincia, a la caída de la tarde, releo, plácidamente el libro de mi fraternal Alfonso.

Tres veces van ya que me detengo a paladear, gota a gota, el panal de gracia de *El mal confitero*. ¡Pequeña y linda obra maestra!

Luis G. URBINA.

El Universal, México,

19 de Septiembre de 1926.

ALFONSO REYES

Parabole; incontri; moralità letterarie; pagine quasi critiche; ritratti: ecco, all'ingrosso, come si potrebbero definire i cinque volumi che lo scrittore messicano Alfonso Reyes, ha finora pubblicato sotto il titolo generico *Simpatie e differenze*. Ho detto all'ingrosso: chè infatti queste pagine non sono poi strettamente classificabili: e tutte, anche le meno ambiziose, testimoniano un tormento di ricerca chè è insieme critico e creativo. In altri tempi, una raccolta di questo genere si sarebbe intitolata "Zibaldone", o "Pandemonio" o no so come, ma certo con uno di quei titoli abbracciatutto che erano cari ai nostri vecchi di un secolo fa. In ogni modo, qui non siamo all'appunto o alla nota puri e semplici; chè, a parte la coordinazione esteriore, la materia è stata elaborata anche interiormente, e solo quando è stato sicuro di averle impresso i caratteri del proprio stile, lo scrittore l'ha ordinata e raccolta. Del resto, siamo abituati ormai a questi *hors d'oeuvre*: perchè non c'è scrittore oggi-giorno che non lavori per il giornale: e ambiziosamente, austeramente, con la stessa energia e coscienza, direi, che per il libro. Che sia un male, d'altra parte, non saprei; perchè è proprio da queste pagine sparse che i caratteri di una generazione più atta al commento che alla creazione, si delineano e precisano. Vedete: solamente in Ispagna, gli scrittori della natura di Reyes sono almeno, e parlo dei buonissimi, una mezza dozzina. E in Francia, in Inghilterra? Lassù, li chiamano *Essayists*: vale a dire, scrittori di saggi: perchè per il frammento vuoi lirico vuoi critico vuoi narrativo non è stato ancora inventato un nome rettorico che lo definisca e caratterizzi meno imprecisamente.

Alfonso Reyes non è peraltro solamente l'autore di *Simpatie e differenze*. E' sua una rievocazione lirica del mondo messicano sepolto, *Visione di Anáhuac*, che ha un sapore di straordinaria forza epica; è suo un volume di versi *Huellas* (Orme) che rivela, in uno con una grande sicurezza stilistica, una sensibilità acuta e

nostalgica; è suo, son suoi, due volumi di dialoghi metafisici e lirici: *El plano oblicuo* e *El Suicida*; è sua una serie di *Cartoni* o vignette, di vita madrilenas che non hanno nulla da invidiare a quelli di Ramón Gómez de La Serna. Voglio dire, insomma, che Reyes non s'è tutto e solamente sviluppato in cinque volumi sia pur vigorosi, di note e di appunti; ma, prima che in essi, aperto in opere concluse di singolare e compatta ispirazione. Io credo per altro che chi voglia definire con precisione i suoi caratteri di artista e di scrittore novecentista a questa serie debba soprattutto ricorrere: come quella che illumina subito i suoi gusti, le sue preferenze, la portata infine della sua sensibilità.

Certo in un'opera come questa, ciclica e continuativa, e nella quale vogliono riflettersi i ricordi, le nostalgie, le simpatie di un poeta, non potevano rimanere in secondo piano, ne tanto meno mancare, ritratti d'uomini e figure di artisti e di scrittori. In roale, l'incontro con l'uomo, almeno nel ricordo del poeta, non lascia tracce altrettanto profonde quanto quelle coi luoghi e con le cose o almeno tracce di vera emozione; ma se questo poeta ha poi bisogno di veder chiaro in sè e intorno a sè, ecco che anche gli uomini incontrati diventano problemi di sensibilità, materia, direi, di poesia.

Tali, appunto, per il Reyes. Il quale, legga o conosca, è raro non ci comunichi le sue impressioni e le sue opinioni. Ma il notevole di queste impressioni ed opinioni non consiste tanto nel fatto che sono esatte e corrispondenti a verità, che è da molti, quanto nel modo com'egli interpreta ed elabora la realtà veduta o compresa, che è da pochi. Stilista sottile e consumato, Reyes in un primo tempo lascia calmare la sua emozione; e quando, a distanza, rievoca un incontro o una conoscenza, non con modi e forme soliti lo fa, ma liricamente e sinteticamente. Insomma, l'elaborazione di questa materia non è pacata e fredda, come nei più; ma interna e sentimentale. Ond'è che, sia il paesaggio sia l'uomo, ogni cosa o vita è da lui ricreata in una maniera nuova e personale; ed anche quando si potrebbe parlare di critica vera e

propria, qualcosa c'è in quella critica che va al di là del puro giudizio e diventa vita vera, vita vissuta, starei per dire, dramma.

Non sempre, peraltro. Perchè Reyes è anche un letterato ed annotatore di classici; e quando si ricorda di queste sue qualità, la pagina gli riesce sempre piuttosto calda ed animata, ma sfuggente e lirica, non più. Vero è che questo Reyes non è frequente; e in ogni modo, non è quello che ci interessa di più. Per mio conto, preferisco l'altro: e oh come belle le sue illuminazioni su Shakespeare e Virgilio, considerati come fantasmi; le sue pagine sulla Guinea Spagnola; i suoi brillanti paragrafi sulle navigazioni di Ulisse! Qui, egli è poeta novatore: in quanto riesce, questa materia, vuoi la prettamente letteraria, vuoi la storica, vuoi l'etnica, a rimasticarla dentro di sé e colorarla del suo sentimento: spesso con ingenuità, talvolta con ironia, ma sempre con una fresca animazione che lo stile educato ed agile mirabilmente guida, accompagna ed asseconda.

Saggista, dunque: è, anche quando manifestamente non ambizioso, vale a dire contenuto e sobriissimo, piacevole. Senza dire che anima estrane: perchè molte volte egli cerca (non so se a bella posta) motivi di mediocre risonanza e non invitante: oppure temi che toccano la sua sensibilità ma poco la nostra; o infine ricordi personali tanto stretti che difficilmente se non vivificati potrebbero raggiungerci. Ma il segreto è appunto qui: nel fatto che egli li vivifica investendoli e sanzionandoli con la sua personalità: ed ecco che il discorso su una casa editrice, la chiacchierata su alcune società segrete, perfino una umilissima recensione o un esilissimo aneddoto diventano qualcosa, direi, di necessario.

E' qui il segreto di questi scrittori frammentari, che oggi trovano tanto consenso e forse più lettori che i fabbricanti di romanzi a lungo metraggio. Vedete infatti un Eugenio d'Ors, o un Ramón Gómez de La Serna. Anche costoro, sia pur con arte e sensibilità diversissime, lavorano liricamente un materiale vasto, ma non sempre vicino all'interesse dei più: e pure il loro modo di vedere e

d'interpretare è così personale e vivace che le loro opere sono lette anche da lettori comuni. Certo Ramón è, se anche il più artista ed il più sensitivo, il più bizzarro di tutti; nè egli si compiace, o di rado, di esprimere nelle sue pagine emozioni che non siano strettamente e nettamente liriche, come invece il d'Ors ed il Reyes, assai più letterati e colti di lui, ed anzi soprattutto uomini di lettere.

Per tornare a Reyes mi pare che come pochi egli realizzi il tipo del letterato d'oggi: il quale è impossibile resti come i letterati d'un tempo solo a tu per tu con i propri fantasmi; e che anzi non potrebbe neppure vivere ove non si rendesse conto, documentandone poi le sue impressioni, di tutti i fenomeni letterari morali e psicologici che la vita ogni mattina gli porge; e non solo i vicini, ma anche i lontani, e perfino i lontanissimi. Echo perchè in queste opere di riflesso che essi producono noi possiamo cercare, e dobbiamo, anche noi spesso: in quanto che, coteste esperienze, sia pure a nostro modo, più o meno noi pure le abbiamo vissute: e non superficialmente. Al giorno d'oggi il letterato vive non più nella sola sua Nazione e per i littori della propria lingua ma in tutto il mondo e per i lettori di tutto il mondo; e questi americani poi sono i più pronti, i più agili, i più indiavolati cosmopoliti: ed è difficile, nelle loro valutazioni critiche, facciano la figura dei provinciali. Se mai, al contrario, di scaltri: quantunque alle volte così poco la sappiano contenere questa loro scaltrezza che è facile sorprenderli nei loro giudizi perfino in peccato di esagerato criticismo mentre poi la loro opera creativa è invece tutta ridondante di risonanze e riverberi europei.

Ma questo non è il caso di Alfonso Reyes: il quale come poeta può se mai farci pensare al suo conterraneo Nervo o al nicaraguano Darío, ma affatto ai poeti spagnoli e poco ai francesi; e come prosatore, poi, nè a francesi nè a spagnoli: originale del tutto.

Mario PUCCINI.

Il Lavoro d'Italia, Roma,

23 Sept. 1926.